

Secretaría de Estado de Educación, Bellas Artes y Cultos

Emilio Rodríguez Demorizi

***Dominicanidad de
Pedro Henríquez Ureña***

(Homenaje a Pedro Henríquez Ureña con motivo de la inhumación de sus restos, junto a los de su madre, doña Salomé Ureña, en la iglesia de las Mercedes. Santo Domingo, mayo de 1981).

**Editora Taller, C.xA.
Santo Domingo, 1981**



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

DOMINICANIDAD DE PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

Secretaría de Estado de Educación, Bellas Artes y Cultos

Emilio Rodríguez Demorizi

Dominicanidad de Pedro Henríquez Ureña

(Homenaje a Pedro Henríquez Ureña con motivo de la inhumación de sus restos, junto a los de su madre, doña Salomé Ureña, en la iglesia de las Mercedes. Santo Domingo, mayo de 1981).

**Editora Taller, C.xA.
Santo Domingo, 1981**





En la Universidad de Harvard, 1941.

EMILIO RODRIGUEZ DEMORIZI

Catedrático de la Facultad de Filosofía

Dominicanidad de Pedro Henríquez Ureña

Discurso pronunciado en el acto Académico celebrado el 29 de Junio de 1946, para rendir homenaje póstumo al ilustre compatriota.





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Primera edición, 1947
Volúmenes XLIX, Universidad de Santo Domingo.
Segunda edición, 1981
Editora Taller.

Editora Taller, C.xA., Santo Domingo, República Dominicana

**Señor Rector de la Universidad de Santo Domingo,
Señoras y señores:**

No el elogio del sabio, ni la grandilocuente apología del virtuoso, sino el sencillo encomio de la férvida dominicanidad de Pedro Henríquez Ureña, ha de ser el homenaje más caro al espíritu que ya mora en la excelsa mansión de los justos. Porque en su vida consagrada al humanismo, en lo hondo de sus inagotables ansias de sabiduría, por encima de su alto magisterio y de sus devociones estéticas, estaba su amor de patria, amada con orgullo por sus glorias, querida con pena por sus vicisitudes.

En Pedro Henríquez Ureña se cumplieron los claros vaticinios de la madre-poeta, la egregia mujer dominicana más digna del mármol. Corría el año de 1887. El infante apenas contaba tres abriles y ya la madre augusta había de inclinarse a recoger las tempranas inquietudes de su alma, como ante una flor abierta antes de tiempo:

¿Qué es Patria? ¿Sabes acaso
lo que preguntas, mi amor?
Todo un mundo se despierta
en mi espíritu a esa voz.

.....

¿Qué es Patria? De tu inocencia
al purísimo candor
para hablarle de la Patria
no halla el labio una expresión.



En mis ojos arder siento
de una lágrima el calor,
meditando lo que ansías
avanzar a tu razón:

que tan sólo tres abriles
a tu frente dan su albor,
y te mueve ya ese nombre
a curiosa indagación. . .
.

Al llegar a los seis años revela el niño precoz austeridad, y con unción de madre y pitonisa la insigne mujer le ofrenda sus postreros versos, su canto de cisne, luces arrancadas al misterio del porvenir:

Mi Pedro no es soldado; no ambiciona
de César ni Alejandro los laureles;
si a sus sienes aguarda una corona,
la hallará del estudio en los vergeles.

¡Si lo viérais jugar! Tienen sus juegos
algo de serio que a pensar inclina.
Nunca la guerra le inspiró sus fuegos:
la fuerza del progreso lo domina.

Hijo del siglo, para el bien creado,
la fiebre de la vida lo sacude;
busca la luz, como el insecto alado,
y en sus fulgores a inundarse acude.

Amante de la Patria, y entusiasta,
el escudo conoce, en él se huelga,
y de una caña, que transforma en asta,
el cruzado pendón trémulo cuelga.

Así es mi Pedro, generoso y bueno;
todo lo grande le merece culto;
entre el ruido del mundo irá sereno,
que lleva de virtud germen oculto.



Cuando sacude su infantil cabeza
 el pensamiento que le infunde brío,
 estalla en bendiciones mi terneza
 y digo al porvenir: ¡Te lo confío!

Dentro de esa órbita de la poesía maternal se mueve imperturbable la vida luminosa de Pedro Henríquez Ureña, como si él se empeñara en ser fiel a su destino; a la noble aspiración de que él fuese cabal hombre de estudio, amante de su patria. Eso fué siempre, sin una sola y breve desviación, el ilustre hijo de Salomé Ureña, en cuyo hogar se formó su espíritu, se acendrarón sus gustos literarios, se afinaron sus sentimientos y echó raíces vigorosas su devoción por la tierra de sus mayores. "Todo ello, decía Menéndez y Pelayo refiriéndose a **Horas de estudio**, es prueba de exquisita educación intelectual comenzada desde la infancia, y robustecida con el trato de los mejores libros". "De ilustre prosapia dominicana, encontró en su propia casa una alta tradición literaria", afirma Chacón y Calvo. "Creció, —dice el Dr. Américo Lugo—, bajo profético influjo. Fluctuó primero entre dos mundos: la poesía y la ciencia. Pagó tributo a la estirpe materna, y fué musageta en **Lo inasequible** y **Al mar**, en **Flores de Otoño** y **Mariposas negras**; pero rindióle al fin el pujante temperamento paterno, y ya en 1905 era el más notable crítico dominicano".

En efecto, su formación intelectual tenía sus bases forjadas aquí mismo: para penetrarse de ello basta leer su crítica de la obra literaria de Nicolás Heredia, su paráfrasis de un soneto de Baudelaire, sus notas acerca del teatro moderno, publicadas a fines de 1900 y a principios de 1901 en la revista **Nuevas Páginas**, animada por admirable grupo juvenil que encabezaban Apolinar Perdomo, Porfirio Herrera, Juan Esteban Buñols y Bienvenido Iglesias.

Henríquez Ureña sólo contaba entonces diez y seis años, y ya nos daba a conocer el teatro de Ibsen, todavía ignorado en nuestra América, y hablaba de los es-



tudios literarios que habían de acometerse “con saber y paciencia”, temprana norma de sus propios afanes. Su salida hacia el Norte, el 19 de febrero de 1901, en viaje de estudio, y su permanente radicación en otras playas, sólo fueron para enriquecer y madurar los conocimientos adquiridos y para darle nuevo y más ancho ámbito a sus inquietudes espirituales. La raíz del noble árbol quedaba aquí, muy honda, sin que pudiera mixtificarse la inagotable savia, mientras las altas ramas se extendían, movidas por las auras de la universalidad, hacia todos los horizontes.

En **Horas de Estudio**, publicada en París en 1910, el autor reconocía la influencia, en sus aprendizajes juveniles, de la atildada Leonor Feltz, a quien llamaba su guiadora en la vía de la literatura moderna. Y no vacilaba en declarar que esa fué para él la época decisiva y que esa influencia continuaba presidiendo sus horas de estudio, sus días alciónicos. A la ilustre discípula de Salomé Ureña, quizás el alma dominicana que haya sentido con más hondo y silencioso dolor la muerte del Maestro, Pedro Henríquez Ureña le dedicó su libro, pero también a la patria, que él llamaba entonces “patria lejana y triste, triste como todos sus hijos, solitaria como ellos en la intimidad de sus dolores y de sus anhelos no comprendidos”.

Pero en la obra éstos no son los únicos signos de su entrañable dominicanidad. En cuatro partes se divide el libro y una de ellas se titula **De mi patria**. Las primeras páginas son su voz de protesta, desde México, para que no se continúe la torre inconclusa de nuestra Catedral. “¡Respetad lo antiguo! Conservadlo; hacedlo vivir contra la invasión destructora de la vejez; hacedlo vivir con vida propia. . . Sabed amar lo incompleto! ¡Amad la Catedral sin torre! Sabed amar la Catedral de Santo Domingo”. Así exclama el ausente, con su angustioso amor por lo nuestro. Después habla extensamente de la **Vida intelectual de Santo Domingo**, de nuestra **Literatura histórica**, de los poetas José Joaquín Pérez y Gastón Deligne. Son ensayos de cálido



acento dominicanista, escritos en La Habana y México, de 1905 a 1909.

Su profundo conocimiento de las máximas creaciones del arte y de las letras universales, desde los griegos hasta Paul Valery, no le hicieron veleidosa y fácil presa del desdén por lo nuestro, que era parte de su propia sustancia. Así pasaba de Walter Pater y del teatro griego, de los asuntos más altos de la literatura, a los temas dominicanos, en un dulce y constante regreso a sí mismo, a lo suyo, a su patria, que él quizás vería como una materialización del espíritu de la madre amantísima.

Desde que en la primera juventud se ausenta de sus lares, en el más largo viaje de estudios que haya realizado ningún dominicano, siempre está pendiente de su patria: desde la bulliciosa Nueva York envía sus nuevos escritos acerca de Ibsen; en La Habana escribe sagaces juicios de la poesía de Gastón Deligne; en México, en 1910, se da a la ímproba faena de recoger materiales para la historia de la cultura dominicana: los útiles pero largos y enfadosos capítulos de la **Biblioteca** de Beristáin, relativos a personajes de la Española, que reproducía aquí la espléndida revista **Ateneo**. En 1911 vuelve por escasos días a la villa natal, y en la breve estancia halla tiempo para recoger romances tradicionales y para renovar afectos e impresiones de la patria.

Ha comenzado ya su brillante carrera de escritor, y en todas sus creaciones va dejando los signos de sus fervores patrios. En donde menos sospechemos encontrarle, allí está el nombre de Santo Domingo. En **La utopía de América** habla de México, y agrega: "que conozco tanto como mi Santo Domingo". Y refiriéndose a la obra educativa de Hostos y de Salomé Ureña en medio a la ominosa tiranía de Ulises Heureaux, lanza esta optimista exclamación: "la prédica y la fundación de escuelas. . . en aquellas tierras invadidas por la cizaña, rendían frutos escasos; pero ellos nos dan la fe: no hay que desesperar de ningún pueblo mientras haya en él diez hombres justos que busquen el bien!"



En su obra **Seis ensayos en busca de nuestra expresión** hallamos referencias y comentarios de nuestra vida intelectual en la Colonia, de que él se sirve para reforzar sus sólidos juicios. En la antología **Cien de las mejores poesías castellanas**, incluye honrosamente a tres poetas dominicanos: José Joaquín Pérez, Salomé Ureña y Gastón Deligne. En **Plenitud de España** abundan las añoranzas de la patria: la gesta de los dominicos de la Española, siempre viva en su mente; los versos oídos en su infancia; las reliquias arquitectónicas de Santo Domingo y de Santiago; la estancia de Tirso de Molina en la vetusta Ciudad Primada. Son recuerdos que enlaza en los asuntos más apartados de lo puramente americano, como si se complaciese en darle sitio a su pueblo en el augusto banquete de la cultura, para rendirle culto, para fortalecer su espíritu, para abrillantar su nombre.

En 1940 y 1941 dictó el Maestro, en la Universidad de Harvard, las memorables conferencias recogidas en volumen en 1945 con el título de **Literary currents in Hispanic America**, —corrientes literarias de Hispanoamérica—, obra maestra en que está patente, con el fervor de siempre, la irrestricta dominicanidad del humanista. “En mi nativo Santo Domingo”, dice, en una de las innumerables menciones de su patria, siempre envuelta en aureolas de simpatía; habla con vivo encomio de sus monumentos, de su música, de sus escritores y maestros, y cita a poetas nuestros en momentos culminantes de la poesía hispanoamericana, desde la mística Leonor de Ovando hasta Gastón Deligne; y hasta Héctor Incháustegui, a quien nombra en el alto coro de figuras representativas tan notables como Borges, Neruda y Cardoza.

Entre los trabajos de Henríquez Ureña hay uno bien significativo, revelador de su entrañable dominicanidad: **Vida intelectual dominicana**, que es de los capítulos de **Horas de estudio**, escrito en 1908. Años más tarde, en 1917, el trabajo aparece ampliado con el título de **Literatura dominicana**, y en 1936 el breve fo-



lletto se refunde en la erudita obra **La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo**, dedicada a un dominicano: al Dr. Américo Lugo. El caso es tan sencillo como significativo. Revela cómo el ilustre compatriota, a través del tiempo, iba acumulando noticias de su patria sin perder un solo dato, leyendo largas y pesadas colecciones de documentos, releyendo las Crónicas de Indias en minuciosa investigación de lo nuestro, tras el grano de arena con que pacientemente había de levantar la noble arquitectura. Sin embargo, no le bastaba tan largo afán, y dando una muestra más de su ausencia de pueril engreimiento, descendía hasta uno de sus discípulos dominicanos en solicitud de algún dato que la distancia no hubiese dejado llegar a su conocimiento. El proceso de formación de esta obra, tanto como su contenido, es una de las mejores prendas de la honda dominicanidad de Henríquez Ureña. En ella insiste en revelar nuestras relaciones culturales con los demás países del Continente en el pasado, de tal manera, puede afirmarse, que no hay en la bibliografía hispanoamericana ningún libro como éste en que sea tan marcado el empeño en el fraternal enlazamiento de mentes y corazones y pueblos de los bellos tiempos de nuestra unidad hispánica.

Si Venezuela y Colombia se ufanan de haber producido a Andrés Bello y a Rufino José Cuervo, así nosotros podemos señalar en Pedro Henríquez Ureña al más docto continuador de ambos maestros. Ya lo decía Gonzalo Zaldumbide en 1921: "él renueva o más bien contribuye a consolidar, porque ella era inestable o episódica, la gloriosa tradición de los Bello y de los Cuervo".

Su obra **Sobre el problema del andalucismo dialectal de América**, fundamental en la materia, y **El español en Santo Domingo**, el de mayor aliento entre sus estudios filológicos, no sólo son abundosas fuentes de noticias dominicanas, sino que constituyen también nuestra definitiva consagración como punto de partida y materia de examen inevitable, en el estudio de la filolo-



gía hispanoamericana. **El Español en Santo Domingo**, en gran parte forjada con elementos sustanciales tomados directamente del lenguaje dominicano, recuerdos de la primera juventud renovados en sus fecundas visitas a la tierra nativa, ocupa un lugar paralelo al de las magistrales **Apuntaciones al lenguaje bogotano**, de Cuervo, pero con las ventajas de las modernas conquistas en el campo de la filología, severa y sugestiva ciencia hacia la cual derivó, en los últimos días, el espíritu inquisitivo de Henríquez Ureña. Podemos, pues, enorgullecernos de algo más que del gran saber del humanista y del filólogo: la aplicación, la fervorosa dedicación de su sabiduría a las cosas dominicanas.

Puede afirmarse que en Pedro Henríquez Ureña el escritor vino a ser lo accidental. El era, por encima de todo, un maestro de alta cultura. Nunca tuvo las ansiedades del publicista; jamás le aguijoneó prisa alguna en publicar un libro. Prefería desatar el ancho río de sus conocimientos, siempre claro y sereno, en el ávido surco del discipulado. Por eso sus libros tienen el reposado acento de la cátedra. Por eso, también, debemos agradecerle aun más que la principal porción de su obra escrita se refiera a su patria, parcial o totalmente. En efecto, si el carácter distintivo de su producción literaria y científica era la probidad, como señalaba en 1928 Baldomero Sanín Cano, la parte afectiva que hay en sus libros, que hay en el fondo de toda obra del espíritu, era su amor de patria, su desvelada dominicanidad, su retornar constante a los deleitosos recuerdos de la tierra amada. Eran los pensamientos placenteros de que hablaba Montaigne, para quien el arte máximo de la vida consistía en multiplicar esos pensamientos hasta donde fuese posible.

En sus obras Henríquez Ureña insistió siempre en nuestra primacía como centro primigenio de la civilización americana, pero también señalaba nuestros valores modernos. En sus libros repite una serie de afirmaciones en que podría señalarse una viva y apasionada dominicanidad, sorprendente en un crítico de juicio



tan severo y tan parco en la adjetivación y en el énfasis: dice, por ejemplo, —y es ya concepto generalmente aceptado por todos—, que las mejores obras de asunto indígena se han escrito en Santo Domingo y Uruguay; que Galván, es “uno de los primeros prosadores castizos de América”, y “Américo Lugo, el primer prosador de la juventud antillana...” De *La vuelta al hogar*, de José Joaquín Pérez, dice que “es el más intensamente lírico, el más radiosamente optimista grito de júbilo que ha lanzado la voz de la poesía antillana”; agrega que el poeta es “esencialmente antillano y novo-mundial” y le asigna, también en la poesía antillana, el mismo papel de Tennyson en la poesía británica y en grado superior al de Longfellow en la de Norteamérica. A la poesía de Gastón Deligne le da sitio entre la más selecta del Continente, y dice del poeta que creó “su propio género, único en la América: el poema psicológico”. En 1909, hablando de su interés por la poesía de Deligne, decía: “interés que existió, puedo decir, desde mi infancia, pues en mi casa se me enseñó a admirarle, a él y a todos los altos espíritus del país”, y agregaba: “Yo mismo, de no haber viajado, acaso pondría a nuestro poeta a la cabeza de todos los de nuestra América”. Una de las figuras más reverenciadas por él, de la que más habló en sus escritos, fué Hostos. Y no hablaba de Hostos sin colocarlo en el escenario dominicano, librando aquí sus más nobles batallas por la cultura, como la más alta cima desde donde, como Sinaí de sus apostolados, le dió a la América las normas y leyes de su espíritu. Así, sin vanos titubeos, le daba a lo nuestro el rango que tantos otros se complacen en ignorar, en desdeñar o en destruir. Porque su dominicanidad era toda una permanente sucesión de ideas, de sentimientos y de empeños constructivos, bien lejos de la desalentadora tendencia del negador de cuanto hay de bien y de belleza y virtud en nuestra casa.

Ya, por obra suya, no son escasos los libros que nos llegan de la Argentina, de México, de Cuba, de Norteamérica, de España, en que se habla de Santo Domin-



go con exactitud perfecta: así en la obra de Cometta Manzoni, acerca de la poesía indigenista en la América; en el erudito libro de Rosenblat, concerniente al estudio de la población del Nuevo Mundo; en la obra argentina de Cabrera acerca del caballo; en libros de Alfonso Reyes, Chacón y Calvo y otros muchos. Es producto de la austera intervención de Henríquez Ureña, en los múltiples aspectos de la cultura hispanoamericana. Era el silencioso anhelo de incorporar a su patria en todo aquello en que él pudiese poner cerebro y corazón, aún en las disciplinas más ajenas a las suyas, y nadie como él obtuvo tan fecundos resultados en el alto propósito. Fué así el continuador de una gloriosa tradición dominicana: la de los ilustres dominicanos de los tiempos coloniales que arrastrados por las desdichas de la Española fueron a otras playas a erigirse en forjadores de cultura, particularmente en las Antillas, México y Venezuela. ¡Quieran nuestros buenos hados que pronto surja entre nosotros la mente esclarecida que reanude el luminoso hilo de tan esclarecida tradición; que reemprenda la cruzada del espíritu y de la dominicanidad que el Maestro realizaba sin empeño en que sus compatriotas lo advirtiesen, como la madre que aún dormido el hijo le lleva a los labios el seno generoso!

No fué indiferente, ni podía serlo, a las luchas por la liberación de la patria, uncida al yugo de Norteamérica. Acudió a prestarle los mejores servicios a la Junta Nacionalista del Exterior y auxilió férvidamente a su ilustre padre, el Presidente **de jure** de la República en receso, Dr. Francisco Henríquez y Carvajal. Así lo recuerda Fabio Fiallo, brevemente, en uno de sus libros: "La Junta contó siempre con la entusiasta ayuda del Dr. Pedro Henríquez Ureña, entonces catedrático de la Universidad de Minnesota". Y es digno de recordarse aquí este olvidado gesto del admirable compatriota. En los días iniciales de la infausta ocupación americana, cuando el Maestro se hacía cargo de su cátedra, el **Journal** de Minnesota deslizó una frase en que insinuaba que él prefería los Estados Unidos a Santo Domingo.



La necesaria aclaración no se hizo esperar y en carta del 28 de septiembre de 1916 le decía al **Journal**: “Me veo obligado a corregir la suposición de que yo pueda preferir ningún país a mi propio Santo Domingo. Creo que soy lo bastante cosmopolita para gustar de todos los países, —como en realidad gusto—, pero el mío, pobre e infortunado como es, **es el mío**, para bien y para mal, “right or wrong” como diríais vosotros mismos. No me agrada entretenerme en comparar diversos países; lo que me gusta de cada uno es su carácter individual, su originalidad nacional. Para gustar de los Estados Unidos no se necesita hacer comparaciones. En cuanto a mi trabajo en la Universidad, no podía yo dejar de venir después de haber aceptado mi nombramiento, y desde luego, celebro estar aquí. . .”

No quedaron ahí las cosas, y, en vista del escarceo, le entrevistó un redactor de otro periódico, el **Minneapolis Tribune**, que publicó este suelto el 1º de octubre: “Mr. Henríquez declaró no ser **hyphenate**. Nos dijo: “Vosotros sois un pueblo grande y feliz; nosotros en Santo Domingo somos un pueblo pobre e infortunado, pero mi devoción es toda **para mi propio país**. Se ha dicho que prefiero los Estados Unidos. **No es verdad**”. En esa misma época, 1918, Jacinto B. Peynado le llamaba “Nuestro primer hombre de letras”; y no le habría llamado así de no verle partícipe de las desventuras nacionales de esas noches aciagas.

No obstante su larga ausencia de la Patria, en ambientes bien propicios a sus afanes, en el corazón del Maestro se mantenían vivos sus anhelos de retorno. En 1927 escribía: “No hallo, por desgracia, perspectivas favorables a deseos míos: la posibilidad de regresar algún día, **definitivamente**, a vivir **allá**. Aquella situación, enredada, por lo interno y por lo externo, parece estorbar toda labor seria que aspire a ser sostenida. Sin embargo. . . si fuera posible hallar allí trabajo y pasto para mis actividades y hogar cómodo y seguro para mi familia, me iría”. Poco después se realizaba su deseo. En 1931, con la altruista aspiración de aprovechar los



conocimientos de Pedro Henríquez Ureña en el desenvolvimiento de la educación pública, el Presidente Trujillo le llamó a la tierra nativa. Vino el Maestro y puso el corazón en el empeño, no sólo en la Superintendencia de Enseñanza, sino también en la Universidad y en las instituciones culturales en que su presencia fué como la de un moderno Señor Hostos, si menos agitado por las ideas políticas que fueron obsesión y tortura del Apóstol, de más cristiana mansedumbre.

Aquí, en el nuevo afanar, preparó la segunda edición de su obra **La versificación irregular en la poesía castellana**, con la que conquistó "una nueva provincia para la historia literaria", según la autorizada afirmación de Menéndez Pidal. En la advertencia no se limita a una simple fecha, una sola cifra, sino a algo más que constituye un homenaje silencioso, un testimonio de sus simpatías por esta casa de estudios, quizás inadvertido: **Universidad de Santo Domingo, noviembre de 1932**. Además, en la obra magistral no falta la mención de poetas dominicanos: de Domingo Moreno Jiménez, de Ramón Emilio Jiménez, de Andrés Avelino, de otros. Nada, pues, más atinado ni más justo que la plausible iniciativa del Presidente Trujillo de darle el nombre de **Doctor Pedro Henríquez Ureña** al edificio de aulas de la Facultad de Filosofía en nuestra Ciudad Universitaria.

Los testimonios extraños de la dominicanidad de Henríquez Ureña son innumerables, mucho más que los nuestros: desde Menéndez y Pelayo, quien al corresponder a una carta del joven crítico la califica de "doblemente grata por su contenido y por venir firmada por un hijo de aquella insigne mujer que en la historia literaria de Santo Domingo representa el mayor esfuerzo de noble y elevada cultura", hasta Enrique Diez-Canedo, quien, en 1923, en la revista madrileña **España**, le hace este elogio: "Amante, como el que más, de su patria; alejado de ella desde que se inicia su madurez; viéndola atravesar estoicamente los tiempos más



ásperos, sabe ofrecerle, de continuo, el puro homenaje de su labor diaria ”

Ahora, con el aciago motivo de su muerte, en todas partes le llaman “el eminente humanista dominicano”, lo que no empece para que en la Argentina, en México, en Cuba, le estimen como suyo. “Un dominicano que supo pensar y obrar como un ciudadano de América”, le considera el azteca José Luis Martínez; y Alfonso Reyes, de los más amados de sus amigos, le llama “nativo de la hermosa isla antillana, la predilecta de Colón, brote de una familia ilustre en la poesía, en la educación y en el gobierno”. “Era entrañablemente dominicano”, dice de él uno de sus mejores amigos argentinos, el docto profesor Juan Mantovani. “El humanista, el maestro, el escritor dominicano...; el dominicano de acento universal...; uno de los espíritus más universales que ha habido en América...”, dice de él uno de sus más devotos, el insigne ensayista cubano Chacón y Calvo.

A tan autorizado reconocimiento del patriotismo de Henríquez Ureña debemos agregar el de un dominicano, el de Américo Lugo: “lo que más aprecio en él, dice el autor de **Heliotropo**, es su dominicanidad. Desertado voluntario a causa del imperativo vocacional, es cierto; pero de los de su generación, nadie amó más a su patria... Su nombre es glorioso; su modestia, ejemplar; su patriotismo, conmovedor. Ninguno de nosotros, fuera de su patria, suspira por ella como él, ninguno trabaja para ella como él; ninguno tal vez, desde lo extranjero, la honra tanto como él. Conozco su corazón. Sé que ni honores ni riqueza compensarán jamás en él el efecto de la ausencia del suelo natal. Es tan dominicano, si cabe decirlo, como nuestra iglesia catedral, con quien podría comparársele. Sé que su deseo más profundo será volver, callado; pegarse a los muros de la ciudad sagrada que fué su cuna, besar sus ruinas, y devolver al seno generoso de la tierra, cuando su alma pase dulcemente, el maravilloso terrón que la contuvo... Su alto espíritu, al cielo pertenece; pero



la dulce tierra dominicana ansiosamente espera, para guardar por siempre sus restos venerados". Bellas y ciertas casi nobles palabras, porque no era de última hora la dominicanidad de Pedro Henríquez Ureña, ni patriotería ni política, sino hondamente desinteresada y espontánea, como raíz del propio ser, viva y permanente. Así había de ser en un hombre de su estirpe, consciente de su calidad de hijo de Salomé Ureña y de un dominicano como Francisco Henríquez y Carvajal. Por eso siempre invocaba su nacionalidad y jamás quiso ser, por halagos ni dineros, ni norteamericano, ni mexicano, ni argentino. En sus obras dejó su alma escrita y el sello de su dominicanidad, profunda y generosa.

Permitidme que ceda aquí a la ardorosa tentación de hablaros, siquiera fugazmente, de mis relaciones con el Maestro: más de diez años de correspondencia sobre cosas útiles, que era su medio de comunicarse con su patria; una semana por las universidades, bibliotecas y museos de Cambridge y de Boston y algunos días más en Nueva York, desde la mañana hasta pasada la media noche en el invierno de 1941. ¡Qué edificantes pláticas y que grato aprendizaje! No era el sabio intolerante y sentencioso, de enfadoso talante, sino el hombre sencillo cuya sabiduría parecía fluirle al mismo tiempo del corazón y del cerebro.

En nuestras visitas a los ricos museos de Boston, por encima del éxtasis en la contemplación de alguna creación máxima del arte, estaba en mí el gozo de verle serenamente ensimismado ante la obra del genio, mirándola sin prisa, con mansa mirada escrutadora, como si pasase, por todos los matices del lienzo o por todas las cambiantes del mármol, una emocionada caricia de su espíritu.

Todos nuestros males pasados los explicaba con esta sola indulgente frase de consuelo: "¡es que éramos muy pobres!"

En realidad: por pobres estuvimos a punto de ser franceses en 1844, como lo fuimos en Basilea en 1795; por pobres caímos en manos del oscuro capataz haitia-



no; por pobres tuvimos en almoneda parte de nuestra casa, la Península de Samaná; por pobres nos arruinaron los empréstitos, plagas de Egipto que afectaron nuestra hacienda, nuestra dignidad y nuestro espíritu. Con esa simple palabra, pobreza, generosamente consoladora, el Maestro explicaba nuestras desdichas, sin achacárselas a falta de virtud del pueblo dominicano, uno de los pueblos más nobles de la tierra. En sus juicios de personas y cosas dominicanas, en que jamás asomaba una sola disonante palabra de desdén ni menos de odio, trascendía siempre su ética inviolada, y así a quien él le conocía las lacras del espíritu, le consideraba incapaz de toda verdadera creación, sana y perdurable.

Tuve el desmedido privilegio de que me hiciese depositario de su archivo personal, tesoro inapreciable en que está viva, llena de sorprendentes revelaciones, la intimidad literaria de nuestra América. Son centenares de cartas de la flor y nata de la intelectualidad del Continente y de España: de Menéndez y Pelayo, de Antonio Caso, Alfonso Reyes, Gastón Deligne, Diego Rivera, García Godoy, Américo Lugo, Chacón y Calvo, Justo A. Facio, de tantos otros. Todos se dirigen a Henríquez Ureña como a un sabio maestro o a un amado compañero. Cada uno expone sus sentimientos e ideas, proyectos y problemas literarios, para que él diga sus ansiados consejos, y hasta para que conjure las audacias y malquerencias que a veces infestan el gremio literario. De todo ese nutrido epistolario emerge el aroma de amorosa amistad, porque él inspiraba a sus amigos una veneración profunda y cariñosa, como de árbol que con la dulce fruta que sustenta la vida ofrece el amor y la paz de su sombra. La publicación de ese archivo, que me propongo hacer, causará sensación en los centros culturales de América. Será el último libro dominicano de Pedro Henríquez Ureña, pero también el más universal de todos; será el retorno, a sí mismo, del alma que puso en otras almas; que nada llega



al corazón si no sale del corazón, como enseñaba Paracelso.

Quiso el Maestro que ese archivo, en que quizás se encuentre el más puro testimonio de lo que él valía para los hombres de letras, tuviese el único destino posible para su dominicanidad: manos dominicanas. En ellas ponía, constantemente, las cartas que recibía, junto con manuscritos y originales de sus libros. Es el honor más grande que pudo dispensarle al más humilde de sus discípulos, tan sólo por ser dominicano.

Un mexicano ilustre, Celerino Cano, acaba de decir que si en estas horas de angustia en las que el mundo ansía reencontrar sus propios valores se pidiera el ejemplo de un hombre a quien seguir, "La América puede levantar como respuesta, si nó el primero, sí entre los primeros el nombre de Pedro Henríquez Ureña".

Si como a Hostos ya comienzan a llamarle **Ciudadano de América**, ¿cómo habremos de llamarle nosotros, y qué hacer de su ejemplo? Como no estamos en tiempo de vanas alabanzas, digamos de él, sencillamente, que fué dignísimo hijo de Salomé Ureña, y hagamos de su espíritu, iluminado por el fuego de su acendrada dominicanidad, la antorcha que nos guíe por los claros caminos de la cultura, con la viva pasión por lo nuestro que debe ser base de nuestras ansias de universalidad. Seamos dignos de la herencia espiritual del gran dominicano.

Su voluntad testamentaria es resumen y culminación de su dominicanidad. En ella se mezclan, enternecedoramente, la pasión filial y el amor de patria: que le conviertan en un puñado de cenizas y que le den asilo postrero en el mismo sepulcro de su madre amantísima, en nuestra noble Iglesia de las Mercedes. ¡Qué ambición tan pura! ¡Volver al seno de la patria; volver como un niño al seno de la madre egregia, a dormir en la misma fosa que él mirara abrirse, entre lágrimas, en el más triste de los días!



**Aquí reposará bajo su amado cielo dominicano,
cuyas noches oscuras serán, para nuestro dolor, los únicos
crespones dignos de su tumba.**





COLOFON

Esta edición de **DOMINICANIDAD DE PEDRO HENRIQUEZ UREÑA** de Emilio Rodríguez Demorizi, se terminó de imprimir en **EDITORIA TALLER, C.xA.**, Isabel la Católica 309, Santo Domingo, República Dominicana, el 8 de mayo de 1981, con motivo del traslado a Santo Domingo de los restos de Pedro Henríquez Ureña, y consta de 10,000 (diez mil) ejemplares.